

## Don Quijote, ¿émulo de Amadís de Gaula o de Cardenio?

Carlos Rubio Pacho  
(Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Filológicas)

*In Memoriam* José Amezcua y Aurelio González Pérez

Tras la desastrada liberación de los galeotes en el capítulo XXII de la Primera parte, el temeroso Sancho logra convencer a don Quijote de refugiarse en Sierra Morena, ante la amenaza de ser ajusticiados por la Santa Hermandad. Si bien el viejo caballero acepta a regañadientes, el nuevo entorno terminará exaltando su imaginación:

Así como don Quijote entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele a la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habían sucedido a caballeros andantes. Iba pensando en estas cosas, tan embebecido y transportado en ellas que de ninguna otra se acordaba. (I, XXIII, 135)<sup>1</sup>.

Muy posiblemente, “estas cosas” corresponderían a lances caballerescos, en los que el ejercicio de las armas sería el principal componente, tal y como ocurre en la mayoría de los libros de caballerías que ha leído; sin embargo, la realidad lo hará encontrar un cojín y una maleta, con dinero, ropa y un “librillo de memoria”, que le darán indicios sobre la calidad y condición del propietario de estos objetos.

No cabe duda de que los acontecimientos que ocurren en Sierra Morena han ocupado a buena parte del cervantismo, desde perspectivas muy distintas, pues lo mismo ha servido para cuestionar la unidad de la obra: Finello, por ejemplo, califica el episodio de “interludio” (242), mientras hay quien considera la pertinencia de las novelas intercaladas o si se trata de una muestra genial de composición al entrelazar las historias amorosas de Cardenio, Luscinda, Dorotea y Fernando con la trama principal a cargo de Sancho y don Quijote (Chiong; Zimic); también se han ocupado de identificar las posibles fuentes del episodio, ya sean de origen pastoril, sentimental o caballeresco e incluso se ha enfocado desde la sicología de los personajes, particularmente la de Cardenio, como lo hiciera Madariaga o Colahan, por ejemplo; y esto sólo por mencionar solo alguno de los acercamientos críticos más reconocibles.

Quizás, uno de los aspectos que más ha llamado la atención sea la penitencia amorosa realizada por don Quijote, en aras de “imitar a Amadís de Gaula, su héroe caballeresco favorito”, según palabras de Avalor-Arce (247). Igualmente llamativo resulta el encuentro entre el Caballero de la Triste Figura y el Roto de la Mala Figura, sobre todo por el paralelismo que se ha señalado entre ambos personajes; incluso se ha llegado a afirmar que Cardenio es el *alter ego* de don Quijote o, en palabras de Peter N. Dunn, su sombra<sup>2</sup>. Sin embargo, desde la perspectiva que intento abordar en este trabajo, esta última afirmación debe matizarse si no es que desecharse del todo, pues no

<sup>1</sup> Como se acostumbra, en el caso de el *Quijote*, se cita por libro y capítulo. Los números arábigos remiten a la edición mexicana del Museo Iconográfico del Quijote, a cargo de Florencia Sevilla Arroyo, que considera sus ediciones previas (1993-2005).

<sup>2</sup> “Cardenio is Don Quijote’s shadow” (9).

cabe duda, al menos para mí, que, aunque ambos personajes tienen como modelo a Amadís de Gaula no será de la misma manera.

Si bien la disposición de la novela presenta en primer lugar el encuentro de la maleta, hay que conceder que en la cronología de los acontecimientos, la llegada de Cardenio a Sierra Morena ha sucedido bastante antes, pues claramente, uno de los cabreros recuerda que el joven ha llegado hace poco más o menos seis meses, buscando la parte “más áspera y escondida” (I, XXIII, 138), en donde habrá de “cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le había sido impuesta” (I, XXIII, 138); se trata de una penitencia de carácter amoroso, como se corroborará más adelante. Si bien Martín de Riquer recuerda que se trata de un tópico de la ficción caballerescas (163) hay muchos rasgos que indican que Cardenio imita nada más y nada menos que al de Gaula. No cabe duda de que Cardenio era un gran conocedor de la literatura caballerescas, pues él mismo afirma: “Acaeció, pues, que, habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el *Amadís de Gaula...*” (I, XXIV, 143).

No está de más señalar que si la enamorada le ha solicitado esta obra, lo más razonable es que el libro fuera propiedad de Cardenio y, por lo tanto, se trataría de un lector asiduo y, por ende, conocedor de la obra. Por si fuera poco, la disputa que sostendrá inmediatamente con don Quijote, con respecto a la honestidad de la reina Madásima, me parece una prueba irrefutable de su conocimiento del género y no sólo de esta obra específica.

Por otra parte, las similitudes entre Cardenio y Amadís se manifiestan en otros detalles. Es sabido que cuando Amadís ha logrado alcanzar el más alto punto en su trayectoria, en el ámbito caballeresco, al hacerse señor de la Ínsula Firme, y en el plano amoroso al superar la prueba del Arco de los Leales Amadores, la carta de rechazo de Oriana provoca que caiga en gran congoja, que lo lleva a alejarse del mundo para refugiarse en la Peña Pobre. De la misma manera, Cardenio, ahora compañero del hijo de un duque, se encuentra igualmente alejado de su enamorada y, como el héroe caballeresco, será a través de una carta de ésta que se entere de la “traición”. Aquí hay que subrayar que mientras Oriana, presa de unos celos infundados, ordena al héroe alejarse de ella, Luscinda, por el contrario, lo conmina a venir en su búsqueda, a fin de evitar el matrimonio con Fernando.

Cardenio regresará a tiempo para evitar el matrimonio, pero su cobardía lo hará mudo testigo del casamiento y, sintiéndose culpable, huirá al bosque, donde vivirá una vida como de hombre salvaje, de la misma manera que lo hará Amadís. Pero no sólo este alejamiento de la sociedad es punto de contacto, sino también ciertos rasgos, como la apariencia física.

Debe recordarse que la identidad que adquirirá Amadís durante su penitencia es el de Beltenebros, nombre que le fue impuesto por el ermitaño que encuentra:

El hombre bueno lo iba mirando cómo era tan hermoso y de tan buen talle y la gran cuita en que estaba, y dixo:

—Yo vos quiero poner un nombre que será conforme a vuestra persona y angustia en que sois puesto, que vos sois mancebo y muy hermoso y vuestra vida está en grande amargura y tinieblas; quiero que hayáis nombre Beltenebros. (capítulo XLVIII, Rodríguez de Montalvo, 709)

Si bien Cardenio no mutará de nombre, sí se destacará su bella apariencia. El cabrero que cuenta a don Quijote y Sancho la llegada del desconocido se referirá a ella, en la misma intervención, en tres ocasiones:

llegó a una majada de pastores [...] un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa misma mula que ahí está muerta [...] Digo, pues, que, en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos a todos contentos de su buen talle [...] Porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortes y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona. (I, XXIII, 138)

Y, al igual que Amadís, Cardenio se negará a revelar su identidad. Al poco tiempo, la transformación del joven lo hará irreconocible: “ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocíamos” (I, XXIII, 138). Compárese ésta con la siguiente descripción:

Beltenebros [estaba] a la fuente debaxo de los árboles que ya oíste, donde aquella noche alvergara, y era ya su salud tan llegada al cabo, que no esperaba bivir quinze días, y del mucho llorar, junto con su gran flaqueza, tenía el rostro muy descarnado y negro, mucho más que si de gran dolencia agraviado fuera, assí que no avía persona que conoscerlo pudiese. (cap. LII, Rodríguez de Montalvo, 741)

Las afinidades, más allá de los matices de cada una de las descripciones, resultan evidentes. Además, no puedo resistir la tentación de considerar la similitud que existe entre los árboles que dan albergue a Amadís y “el hueco de un grueso y valiente alcornoque” que sirve de guarida a Cardenio.

La intervención femenina también será decisiva en la salvación de ambos penitentes. Es la doncella de Denamarcha quien trae al desfalleciente Beltenebros la misiva con el perdón de Oriana:

Leída la carta, el alegría de Beltenebros fue tan sobrada, que assí como con la passada tristeza, con ella desmayado fue, cayendo las lágrimas por sus mexillas sin las sentir [...] Beltenebros, despedido del hermitaño, faziéndole saber cómo aquella donzella, por la piedad de Dios, por grande aventura allí por su salud era aportada. (cap. LII, Rodríguez de Montalvo, 745)

Si bien ante el cura y el barbero Cardenio parece recuperar momentáneamente la razón: “entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan a menudo le sacaba de sí mismo” (I, XXVII, 162); parecería que, al escuchar las vicisitudes de Dorotea, Cardenio no sólo la recupera del todo, sino que incluso le infunde un valor hasta antes desconocido. No se puede dejar de señalar que sus palabras bien pudieran provenir de un relato caballeresco:

yo os juro, por la fe de caballero y de cristiano, de no desampararos hasta veros en poder de don Fernando, y que, cuando con razones no le pudiese atraer a que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle, en razón de la sinrazón que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra a los vuestros. (I, XXIX, 178)<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Compárese, igualmente con las siguientes palabras expresadas en estado de locura: “¡Ah, fementido Fernando! ¡Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me heziste: estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño!” (I, XXIII, 139).

Finalmente, no se puede dejar de evocar un pasaje del *Amadís de Gaula*. Al inicio de la penitencia, el héroe desafía, acicateado por Gandalín, a un caballero que en alta voz se proclama enamorado de Oriana. El caballero, hasta entonces desconocido, es encontrado por Durín, quien le pregunta su nombre; al identificarse como el Patín, hermano del rey de Roma, le contesta “que sois mas alto de linaje que de bondad de armas ni de medida” (Rodríguez de Montalvo, 698). Esta misma afirmación podría ser aplicada sin empacho a Fernando, pues también ha actuado de manera engañosa con los padres de Luscinda, de la misma forma en que el Patín lo ha hecho con los de Oriana.

Al principio de este trabajo se indicó que la idea inicial del manchego caballero era vivir una de esas aventuras de armas que ha leído en sus libros, pero en definitiva, no tenía en mente una penitencia amorosa. Será el encuentro de los objetos, ya referidos, lo que lo incentive a orientar la aventura hacia el terreno amoroso.

El encuentro de la maleta, en cuyo interior se halla un “librillo de memoria”, en el que se puede leer un soneto, seguido de una carta de despecho, así como “otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no; pero lo que todos contenían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos y llorados los otros” (I, XXIII, 136).

Estos textos motivarían al hidalgo a redactar una carta “escrita en verso de arriba abajo, a mi señora Dulcinea del Toboso” (I, XXIII, 136). Carta, que como se sabe, será escrita en prosa y no en verso, para ser llevada por Sancho, y a la que se ha volver más adelante.

Localizar al propietario de estos objetos se volverá una prioridad para don Quijote, pero será la fortuna la que le permita que, de repente, aparezca ante sus ojos el Roto de la Mala Figura. Como ya se señaló, algunos críticos han considerado que Cardenio es el *alter ego* de don Quijote; sin embargo, mientras el hidalgo manchego cree ver en el hombre del bosque a su otro yo, éste no demuestra ninguna identificación con él. Véase con detalle el encuentro:

Don Quijote “apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, le fue a abrazar y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro [...], después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y, puestas las manos en los hombros de don Quijote, le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía...” (I, XXIII, 139).

Llama la atención el estrecho contacto que establece el caballero con el joven salvaje, pues como bien señalara José Amezcua, “en general, el hidalgo manchego es un personaje que rehúye la experiencia sensorial” (311).

La escena queda interrumpida por el narrador, concluye el capítulo, y la inicial intervención del narrador en el capítulo siguiente, aminora la cruel respuesta de Cardenio:

“—Por cierto, señor, quien quiera que seáis, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y cortesía que conmigo habéis usado...” (I, XXIV, 140).

Don Quijote se ha sentido identificado con Cardenio, de allí su apuro por encontrarlo primero, y por abrazarlo después, pero éste no tendrá el mismo entusiasmo; incluso esta falta de conexión se verá refrendada más adelante, cuando rememore que tuvo una pendencia con el caballero, pero no puede recordar “por qué causa fue su quistión” (I, XXIX, 178).

Desde mi perspectiva, lo que sucede es que más que a Amadís,<sup>4</sup> don Quijote intenta imitar a Cardenio, lo cual explicaría la duda que se le presenta:

Quiero imitar a Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre y escritura” (I, xxv, 147).

Si se recuerda de nuevo al joven andaluz, se debe reconocer que la locura furiosa ha caracterizado su comportamiento: los cabreros han sido no solo testigos sino víctimas su ira incontrolable. Así pues, es Cardenio quien combina en su penitencia tanto la melancólica de Beltenebros como la furiosa de Orlando. Don Quijote, tendrá que reconocer ante Sancho que su sacrificio no tiene justificación alguna, pues no ha sido rechazado por su dama y, mucho menos, ésta le ha sido infiel. Cardenio, tampoco ha sido despreciado, aunque sí ha considerado que, en apariencia, ha sido traicionado. Avalle-Arce, refiriéndose al episodio estudiado, considera que el hidalgo manchego pretende no sólo “una emulación de conducta, sino también, y ésta es la clave, [sería] una imitación artística” (347). Sin embargo, don Quijote en realidad no imitará directamente la obra literaria, sea el *Amadís* o el *Orlando*, sino a través de otro, en este caso, Cardenio.

Si se vuelve a los objetos encontrados al principio pueden verse ciertas similitudes también en este nivel.

En el librito de memoria se lee el soneto “O le falta al Amor conocimiento” (I, xxiii, 136), escrito por Cardenio, que se correspondería con la letrilla “Árboles, yerbas y plantas” (I, xxvi, 156), únicos versos que se pudieron rescatar de los muchos otros que se pasaba “escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena [...] todos ellos acomodados a su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea” (I, xxvi, 156). Compárense, pues, estas palabras del narrador con aquellas referidas a las composiciones de Cardenio: “halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no” (I, xxiii, 136).

También habría una correlación entre la carta de despecho que Cardenio no ha enviado a Luscinda, pues se encuentra en el cuadernillo, con la misiva que don Quijote enviaría a Dulcinea y que tampoco llegará a su destino, no sólo por la naturaleza de la amada, sino porque Sancho no la tiene: “Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librito, pero no le halló, ni le podía hallar si le buscara hasta agora, porque se había quedado don Quijote con él, y no se le había dado, ni a él se le acordó de pedirsele.” (I, xxvi, 157)

En conclusión, contra todo lo que ha sostenido la crítica de que don Quijote llega a Sierra Morena con la deliberada intención de imitar a Amadís de Gaula, la lectura realizada me permite afirmar que la penitencia que lo ha inspirado es la que vive

---

<sup>4</sup> Aunque previamente, en el capítulo xv, don Quijote le ha referido a Sancho la penitencia de Amadís “por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana”, no menciona entonces la intención de imitarlo; además, sus recuerdos resultan bastante imprecisos (“ni sé si ocho años o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta”) y parecería mucho más interesado en zanjar la cuestión que en evocarla: “Pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento, como a Rocinante” (I, xv, 89).

Cardenio, por lo que éste ya no puede seguirse considerado un *alter ego* del caballero, ya que la relación es exactamente la contraria. Las implicaciones, sin duda, resultan relevantes. Lo que comparten ambos personajes, Cardenio y don Quijote, es que tanto el manchego como el andaluz viven sus vidas como si de literatura se tratara, aunque también hay que resaltar una excepción y es que, a diferencia de sus modelos literarios, Amadís u Orlando, ninguno renunciará al alimento, lo cual, sin duda alguna, termina relativizando la posibilidad de una vida hecha exclusivamente de literatura.

**Obras citadas**

- Amezcuca, José. "Seres de contacto y seres de no contacto: *Don Quijote*, primera parte." En Sebastian Neumeister dir. *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. 18-23 agosto 1986. Berlín*. Frankfurt am Main: Vervuert, 1989. I, 311-319.
- Avalle-Arce, Juan Bautista. *Nuevos deslindes cervantinos*. Barcelona: Ariel, 1975.
- Cervantes Saavedra, Miguel. *Don Quijote de la Mancha. Edición Guanajuato*. Ed. Florencia Sevilla Arroyo. Guanajuato, Gto. Museo Iconográfico del Quijote, 2010.
- Colahan, Clark. "Desde la 'cobardía' de Cardenio a la 'timidez' de Alonso Quijano." *Neophilologus* 91 (2007): 439-444.
- Chiong Rivero, Horacio. "'A imitación del hilo del laberinto de Perseo': El nexo narrativo de las ficciones laberínticas en Sierra Morena." *MLN* 121 (2006): 278-298.
- Dunn, Peter N. "Don Quijote Through the Looking-Glass." *Cervantes* XII.1 (1992): 5-17; [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cervantes-bulletin-of-the-cervantes-society-of-america--7/html/0278a678-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_11.html](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cervantes-bulletin-of-the-cervantes-society-of-america--7/html/0278a678-82b2-11df-acc7-002185ce6064_11.html)
- Finello, Dominick L. "En la Sierra Morena: *Quijote* I, 23-26." En Alan M. Gordon y Evelyn Rugg dirs. *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas, Celebrado en Toronto del 22 al 26 de agosto de 1977*. Toronto: University of Toronto, 1980. 242-244.
- Madariaga, Salvador de. *Guía del lector del "Quijote". Ensayo psicológico sobre el "Quijote"*. 2ª ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1978. 89-100.
- Riquer, Martín de. *Para leer a Cervantes*. Barcelona: Acantilado, 2003.
- Rodríguez de Montalvo, Garci, *Amadís de Gaula I*. Ed. Juan Manuel Cacho Blecua, 2ª ed. Madrid: Cátedra, 1991.
- Zimic, Stanislav. *Los cuentos y las novelas del "Quijote"*. Madrid: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 1998.